

cialmente en los artículos dedicados a este tema sin excluir el campo de la lingüística o el punto de la unificación del vascuence. L. Akesolo analiza la literatura vasca en sus dos vertientes: escrita y oral; estudia a los distintos escritores vascos, valiéndose para ello del hilo conductor que les unen los siglos en que vivieron.

En el siglo XVI destacaría sus trabajos sobre B. Detxepare, J. Leizarraga y el arzobispo vasco Beltrán de Etxauz a quien «Axular» dedicó su libro *Gero*. En el siglo XVII hay que señalar el espíritu crítico que contiene su trabajo sobre Juan Tartas y los artículos dedicados a B. Gazteluzar, J. Etxeberri de Ziburu y J. Vinson. En el siglo XVIII vuelve a mostrar su temperamento polémico y crítico a la hora de analizar el *Acto para la Noche Buena* de Pedro Ignacio de Barrutia presentado de forma muy distinta; atacando duramente a G. Aresti y alabando la labor investigadora del escritor donostiarra «Latxaga». Los trabajos sobre los escritores Moguel y Astarloa y sobre todo, un documento del P. Kardaberaz acerca de la situación del euskara en algunos pueblos alaveses, son algunos de los artículos que destacaría en este siglo XVIII.

En el siglo XIX, la pluma de L. Akesolo abarca las dos formas de la literatura vasca. En la literatura oral aparecen dos grandes bertsolaris guipuzcoanos: «Bilintx» y J.M. Iparraguirre. En la escrita, destacan los trabajos sobre Fr. Bartolomé de Santa Teresa, J.M. Zabala, J.J. Moguel y Sabino de Arana al que el autor trata amplia y cariñosamente.

En las páginas dedicadas al siglo XX, vuelve a mezclar a trovadores vascos como «Urretxindorra» y «Xalbador» con escritores cultos como «Orixe», «Lizardi»,

«Azkue» y «Lauaxeta». En estos dos últimos trabajos, L. Akesolo critica una vez más a L. Villasante y también a su compañero S. Onaindia y al joven escritor J. Kortazar. Son también muy interesantes varios trabajos dedicados a Manuel Lekuona, a la literatura vasca en el exilio (V. Amézaga, Tx. Jakakortajarena) y a algunos escritores vascos como P. Lafitte, E. Erkiaga, «Barrensoro», D. Inza. Tratando el tema «M. Lekuona» no podían faltar las opiniones de L. Akesolo en favor del patriarca del bertsolarismo y de su postura sobre la unificación del euskara propuesta en la importante reunión de Arantzazu (1968).

En el segundo volumen, L. Akesolo mezcla temas diversos: literatura, religión, música, crítica de libros alemanes y vascos, destacados escritores de la literatura francesa como V. Hugo y F. Mauriac, etc.

Desde la perspectiva de la literatura vasca destacaría los artículos de este escritor sobre: el P. Uriarte, Eusebio María Azkue, las poesías del joven «Lizardi», Julio Urkijo, el libro *Elorri* de B. Gandiaga, Oihenart, los trabajos de F. Altuna y L. Villasante sobre B. Detxepare y «Axular», las traducciones de Shakespeare y de Virgilio hechas al vascuence por B. Larrakoetxea y A. Ibinagabeitia-S. Onaindia respectivamente.

En los últimos años de su larga vida, Lino Akesolo recibió varios galardones y fue homenajeado merecidamente en diversas ocasiones. Entre ellos destaca el «Premio al Mérito de las Letras Vascas» concedido en 1989 por el Departamento de Cultura Vasca. Es un galardón concedido a personas que han dedicado su vida en favor de la cultura vasca. Pocos como él en Euskal Herria tan dignos candidatos para recibir tal premio. Aita Lino, eskerrik asko!

## Elorri

GANDIAGA, Bitoriano

Oñate: Ed. Franciscana Arantzazu, 1962. pp. 225.



La segunda parte del siglo XX nos ha ofrecido un grupo de excelentes poetas vascos. Sin ánimo de incluir en la lista a todos ellos, destacaría a J. Mirande, «Iratzeder», G. Aresti, Juan M.<sup>a</sup> Lekuona y B. Gandiaga. Este último poeta nació en Mendata (Vizcaya) el 8 de octubre de 1928 y se crió hasta los 11 años en el caserío «Orbelaun» cerca de Gernika, apartado de la civilización y en plena naturaleza. Ésta fue la fuente de inspiración de nuestro poeta pues ya desde niño se fijaba en los detalles más insignificantes de su caserío como más tarde lo haría en las montañas cercanas al santuario de Arantzazu en cuyo convento franciscano han disfrutado los mejores años de su vida. B. Gandiaga es un poeta de la posguerra que en su niñez sintió muy de cerca los ecos del bombardeo de Gernika. Creció entre gente

marcada por la Guerra Civil.

*Elorri* se compone de ocho partes relacionadas con la existencia humana. Aunque «*elorri*» y «*arantza*» (espino) van entrelazados, la historia del Santuario de Arantzazu no es el tema más importante de este libro sino un mero punto de arranque. El «*elorri*», ese diminuto arbusto, unas veces cubierto de flores blancas y otras, retorcido y raquíptico, es el símbolo de las alegrías y penas, de los anhelos y preocupaciones del hombre actual. Este poeta franciscano, fiel hijo del «*poverello*» de Asís, se nos muestra como amante de la naturaleza y solidario de sus hermanos, los hombres. La tierra, el aire, el cielo, los animales, hasta las ovejas de las laderas del Monte Aloña y de las campas de Urbia son sus hermanos. Los seres de este mundo como la piedra, la luna, la gotera del claustro de un convento, el agua, la flor y la hierba de los campos aparecen como realidades estilizadas, provistas de una nueva personalidad que nos hace evocar a los poetas místicos españoles y a algunos escritores de la «Generación del 27». *Elorri* es un canto lleno de ternura franciscana y de compenetración con el paisaje donde el poeta, en compañía del espino que brota a duras penas entre las rocas, vive con espe-

ranza en medio del dolor cotidiano.

Las poesías son breves pues el deseo del poeta no es reflejar ninguna epopeya ni historia colectiva de los vascos sino mostrar «aquel aliento en que apenas se mencionan los seres» sin grandes pretensiones. Son versos escritos con ilusión, esperanza, gozo, sinceridad y libertad en plena identificación del poeta con su obra. Pero a pesar de que B. Gandiaga nos repite a menudo la pequeñez de su obra poética, es de admirar la perfección de la tarea emprendida, la culminación de una labor ardua y lenta, la belleza de esta obra literaria, fruto de este artista que cincela la palabra hasta hacerle cantar con una nueva musicalidad. Esta poesía se halla en el polo opuesto de la creación fácilona y retórica producto de la imaginación romántica. B. Gandiaga huye del folklorismo, de la elocuencia expresiva y del colorido abigarrado de la palabra para ahondar en la sencilla desnudez de ella y crearnos un lenguaje lleno de vigor y frescura.

Su estilo abarca también el campo de la métrica vasca apostando por los versos cortos y en consecuencia arrinconando las estrofas y los ritmos largos de nuestros bertsolaris. Sin excluir del todo los ritmos tradicionales los

retoca, a la vez que crea otros ritmos originales que nacen en su interior. Son de destacar en su creación poética la sonoridad de las palabras (en consonancia con la musicalidad de uno de sus poetas preferidos, P. Verlaine), la belleza de las metáforas, la originalidad de las imágenes, la personificación de los distintos elementos de la naturaleza y en general la recreación poética de ella. A menudo se vale también del verso libre para evitar la pesadez de las rimas y hacerlas más ligeras.

Las poesías de *Elorri* fueron escritas durante los últimos años de la carrera eclesiástica y en los primeros de su sacerdocio. Como él mismo nos confiesa, este libro no es la apología de la religión a pesar de estar escrito en torno al santuario de Arantzazu. La tarea esencial de B. Gandiaga es haber sabido adoptar convenientemente su verbo poético a la realidad, empleando para ello la menor cantidad de palabras requeridas.

Han transcurrido más de 25 años desde la publicación de *Elorri* y sin embargo este libro no pierde actualidad destacando como una de las obras poéticas mejor logradas dentro de la poesía vasca de este tiempo. Es además, en mi opinión, el mejor de los cinco libros escritos por B. Gandiaga.